

APUNTES DE LECTURA: ALGUNAS NOVELAS CHILENAS EN LA DÉCADA DE 1990.

Por *Arturo C. Flores*

La llegada del nuevo milenio sirve de excusa para volver la mirada hacia los años recién pasados y meditar sobre lo acontecido en el campo de la creación artística. En nuestro caso, se trata de la literatura ya que mediante ella se han explorado diversas áreas desde el sangriento golpe militar que transformó para siempre a la sociedad chilena. Nuestra preocupación se concentra en la década de 1990 debido a la importancia que tienen estos años en Chile toda vez que se llega –después de un largo caminar con los correspondientes muertos y desaparecidos– a lo que se ha llamado la transición a la democracia. Sin llegar a generalizar, se puede concluir que en los años anteriores, especialmente en aquellos inmediatamente después del golpe, el discurso literario giraba en torno a las experiencias del “yo” en lo que se ha venido a llamar, con razón o no, literatura testimonial. Este “yo” –protagonista y a la vez sujeto de la enunciación– narraba sus experiencias motivadas por el ejercicio autoritario de la dictadura de Augusto Pinochet. Si el año 1973, año de la quiebra democrática, se abre un paréntesis caracterizado por la censura, autocensura y la verticalidad de los discursos del poder, con la llegada de la democracia en 1990 aquel espacio comienza a cerrarse en la medida en que se van privilegiando otros referentes en los discursos culturales.

Desde los umbrales del nuevo milenio es posible visualizar el *corpus* literario chileno con nuevos títulos y nombres desperdidos ya de los diecisiete años de dictadura. Sin temor a cometer un error incorregible, nos atrevemos a afirmar que del catastro de novelas y autores que han debutado en la década de los años de 1990 nos han llamado la atención aquellos textos cuyo referente novelado se encarga de aludir a una región geográfica bien determinada. Paralelamente a esto, es posible notar el hecho de que algunos discursos se desplazan dentro de determinadas circunstancias o acontecimientos que pertenecen a las visicitudes de la historia. De otra manera, la creación descansa en el decurso de determinados hechos sociales frente a los cuales se mantiene una adecuada seriedad, una determinada reserva o una implacable ironía a la que se adjunta muchas veces una clara denuncia. Con todo, debemos coincidir que no se puede caer en generalizaciones que han de ser

motivo de ácidas críticas. Sin acercarnos a la altanería del que todo lo sabe, es necesario decir algunas cosas al respecto más todavía cuando la escritura de determinados autores ha contado con el beneplácito de la crítica y de los lectores. Debido a lo último, algunos autores han recibido reconocimientos y premios de importancia que definitivamente no hay que desconocer.

Siguiendo las dos líneas ya planteadas anteriormente, nos proponemos revisar algunos autores y obras desde una perspectiva estrictamente subjetiva y donde no existe la intención de decir la última palabra. Lo anterior, porque más que nada se trata del producto de una lectura convenientemente anotada y como tal no se elabora en ella un completo panorama de las novelas chilenas publicadas en la década señalada.

Debemos comenzar estos apuntes con Patricio Manns, escritor, folklorista, músico e iniciador de lo que en los años de 1960 se llamó la Nueva Canción en Chile. Su prosa que en aquella década denunciaba determinados acontecimientos de la vida nacional, no podía ser valorada positivamente por el régimen dictatorial razones por las cuales Manns, después del golpe militar, tuvo que abandonar el país para radicarse en Europa. En 1996 publica en Argentina la novela *El corazón a contraluz* donde muestra su preocupación por plasmar extensos espacios geográficos lo que le da a su escritura una dimensión épica. En el caso de esta novela, el espacio referencial corresponde a la Patagonia y el acontecimiento es la “colonización” a manos, entre muchos otros, del aventurero Julio Propper. La inquietud por plasmar espacios abiertos y alejados de las grandes urbes ya había sido ensayado por Manns en otras novelas.¹ Esta disposición se puede claramente comprobar en lo que se ha denominado el ciclo de las actas –*Actas del Alto Bío-Bío* (1985), *Actas de Muerteputa* (1988) y *Actas de Marusia* (1993)– cuyos acontecimientos transcurren en distintas partes de la cordillera de Los Andes. Lo importante también aquí es que los personajes que habitan y padecen en la ficción de Manns están instalados en un acontecer histórico bien determinado toda vez que un olvidado hecho social sirve de escenario para lo que se narra. A manera de ejemplo, nos permitimos señalar que en la novela *Actas del Alto Bío-Bío* se presenta la matanza de campesinos e indios mapuches a manos del gobierno. Por

¹ Patricio Manns hace su debut como narrador con dos novelas chilenas tituladas *De noche sobre el rastro* (1967), ganadora del “Premio Alerce 1966” de la Sociedad de Escritores de Chile, y *Buenas noches los pastores* (1972) que recibió el “Premio Municipalidad de Santiago” en 1973. En 1996 -durante la conferencia internacional “The Power of Poetry in Latin America” organizada por la Universidad de Oregon -el autor de estas líneas tuvo la oportunidad de conversar con este escritor y poeta chileno. Al preguntársele por el éxito de sus novelas en Francia, por la atención que le da a la geografía en sus obras y sobre la narrativa chilena en general, Manns afirmó que para él existen dos tipos de literatura en Chile. En primer lugar, la que objetiva los espacios representativos de las ciudades -con toda la problemática del hombre viviendo en la gran urbe -y aquella de carácter épico donde los personajes actúan junto a los elementos de la naturaleza. Por supuesto, su obra se alinearía en esta última.

otro lado, en *Actas de Marusia* se trae al presente de la ficción lo acontecido en la salitrera del mismo nombre ubicada en el desierto al norte del país. En esa oportunidad, las tropas del ejército chileno dieron muerte a centenares de obreros que protestaban a favor de mejores salarios. Si estos hechos no existen en la memoria colectiva de los chilenos porque según el discurso social nunca ocurrieron, la ficción de Manns los rescata para traerlos al presente y plantear una denuncia.

No cabe duda de la importancia que Patricio Manns le da al espacio exterior y al aspecto histórico en sus novelas. Tal vez por esta razón sus personajes, aunque se mueven en los parámetros de la ficción, están impregnados de un realismo que dialoga constantemente con el entorno social. Esto que más que nada parece un proyecto de escritura, tiene una clara respuesta en los esquemas que él maneja para identificar su propia creación literaria. En *Patricio Manns: Actas del cazador en movimiento* al definir lo que él entiende por *acta*, el autor afirma: “Narro, novelo... pero cuido que este novelar se revista de elementos reales de tal manera que todo parezca sugerir no sólo una novela, no apenas una forma de ficción, sino un documento. Este documento parece hablar de hechos que tuvieron lugar” (186). Lo dicho aquí se transforma en un denominador común cuyo objetivo es establecer una denuncia que en el caso de *El corazón a contraluz* se trata del exterminio de los indios en la Patagonia.

Otro escritor que llama la atención de los medios literarios chilenos en la década que estamos revisando es Guido Eytel. Payador, poeta popular y periodista, Eytel llegó a dirigir la revista *Pluma y Pincel* en los duros días de la dictadura. En 1998 se hizo merecedor del Premio Municipal de Santiago por su novela *Casas en el agua* (1997). Oriundo de la ciudad de Temuco, ubicada en lo que históricamente se conoce como La Frontera, Eytel se suma a un grupo de escritores y poetas que -junto con escribir en y desde la provincia -están dando a conocer determinadas líneas etnoculturales presentes en el sur de Chile y que se han establecido por la convivencia de mapuches, españoles, chilenos, alemanes y árabes.² Esto es importante porque no se puede desconocer que el Sur de Chile fue tierra de emigrantes y que, de una manera u otra, la cultura y las costumbres presentan determinadas variantes con respecto al centro político y cultural que como siempre ocurre en nuestras naciones hispanoamericanas está en las capitales. Sin embargo, lo anterior no niega la existencia, como es el caso de Chile, de una cultura en el espacio de la provincia.

La imagen referencial que presenta el discurso de *Casas en el agua* corresponde al ámbito geográfico donde vive su autor. El acontecer, sin embargo, se remonta al siglo XIX a lo que oficialmente en la historia de Chile se conoce co-

² Acerca de los elementos etnoculturales presentes en lo que se conoce como el Sur de Chile, recomendamos el artículo de Iván Carrasco titulado “Poetas mapuches en la literatura chilena.” *Estudios Filológicos* 35 (2000): 139-149.

mo la Pacificación de la Araucanía. Este proyecto, que no fue otra cosa que una campaña militar en contra de los indios mapuches, ocultó una serie de motivaciones políticas y económicas que enriquecieron a militares y civiles. Por razones fáciles de imaginar, la seguidilla de despojos y maltratos no es mencionada por la historia oficial. La mal llamada pacificación, llevada a efecto en nombre del progreso y la civilidad, motivó la traída de extranjeros a los territorios liberados de la influencia indígena. Debido a que la disposición ficticia descansa apropiadamente en un acontecimiento histórico, *Casas en el agua* se ubica en lo que se ha venido a llamar la nueva novela histórica por la crítica reciente.³ La propuesta de Eytel en esta novela es la subversión de la historia oficial -en lo que a la Pacificación de la Araucanía se refiere -y el planteamiento de una versión personal que a ojos de buen lector no tiene nada de inverosímil.

Lo interesante aquí es la disposición con que Eytel subvierte lo oficial en la novela más todavía cuando la campaña pacificadora que se inserta en *Casas en el agua* está narrada de cara a otro discurso que lleva por título *Los vencedores de Arauco* del "autor" Servando Contreras. Este enunciado, que podríamos llamar intertexto por estar contenido en la novela, se va desarrollando paralelamente al primero y se ocupa de ir "oficializando" (en otras palabras, tergiversando) la verdad textual. Esta función del intertexto pretende hacer desaparecer algunos acontecimientos y acciones que puedan manchar el prestigio de algunas instituciones o el de algunos buenos nombres en el mundo de la novela que, indudablemente, tienen correlación con aquellos existentes en el contexto histórico social. De esta manera, el lector se enfrenta a dos versiones de un mismo acontecer. El hecho de que un texto vaya contrapunteando al otro

³ Como ha quedado establecido en el *corpus*, todas las novelas aquí comentadas tienen un carácter histórico ya que es este aspecto el que sirve al discurso ficticio de cada una. A pesar de lo anterior, podemos llegar a establecer ciertas diferencias en el tratamiento de este tema. Así por ejemplo, lo novelado por Patricio Manns en las obras mencionadas son hechos no registrados en lo que se puede llamar con razón la historia oficial y corresponde a lo que el propio Manns llama "... el rol extra-militar de los ejércitos. . . (que) ha empujado a los militares a participar en la política contingente, erigiéndose, ora en árbitros, ora en protagonistas de sangrientos episodios de represión contra sus pueblos" (21). Patricio Manns. *Chile: Una dictadura militar permanente (1811-1999)*. Santiago de Chile: Editorial Sudamericana, 1999. Al contrario y en el caso específico de Eytel en *Casas en el agua*, la llamada Pacificación de la Araucanía con la posterior llegada de los colonos alemanes a los territorios "pacificados" -acontecimientos que sirven de base para su ficción -están ampliamente registrados en la historia de Chile. Al respecto se pueden consultar los Volúmenes XIII y XIV de la *Historia de Chile: desde la pre-historia hasta 1891* del historiador Francisco Encina. Con respecto a la nueva novela histórica, recomendamos las siguientes fuentes: Alessandra Riccio. "Literatura e Historia en *La guerra del fin de mundo* de Mario Vargas Llosa. *Annali dell'Istituto Universitario Orientale*. Sezione Romanza. XXXII 2 (1985): 479-490. Seymour Menton. *La nueva novela histórica de la América Latina 1979-1992*. México: Fondo de Cultura Económica, 1993. Fernando Ainsa. "La reescritura de la historia en la nueva narrativa latinoamericana." *Cuadernos Americanos* 28 (1991): 13-31 y Noé Jitrick. "De la literatura a la escritura: predominio, disimetrías, acuerdos en la novela latinoamericana." *The Historical Novel in Latin America*. Ed. Daniel Balderston, Gaithersburg, MD: Hispamérica, 1986. 13-29.

con inusitada ironía trae a la mente del lector el *corpus* discursivo autoritario durante los diecisiete años de dictadura.

Aparte de los despojos de tierras, la tortura y el desmesurado enriquecimiento de algunos personajes de *Casas en el agua*, sobresale el problema social y cultural del mapuche. De la lectura de la novela -no por nada se eligió un período determinado de la historia de Chile -se desprende la denuncia de un tema que todavía se mantiene en el tapete político del país. Después de más de ciento cincuenta años de vida independiente, el indio sigue siendo discriminado, sus tierras ocupadas y siempre mantenido al margen de la sociedad desde donde trata de mantener su lengua y sus tradiciones. El texto de Eytel, sin ser una novela de denuncia o un documento social, muestra con una fuerte ironía que Chile como país no ha podido generar líneas de pensamiento y acción para terminar con la situación de desmedro en que viven los verdaderos dueños de la tierra. Es justamente este último elemento el que comenzó a ser un producto al mejor postor a partir de la Pacificación de la Araucanía.

En *Casas en el agua* el lector asiste a la fundación de San Esteban de Rucaco, un pueblo que ha de transformarse a nivel de la ficción en el primer asentamiento en tierra de indios. En el espacio de este pueblo ficticio, se pondrán en práctica todo tipo de artimañas y atrocidades en contra de la comunidad mapuche con el propósito de arrebararle su tierra. Es justamente en este pueblo donde se han de desarrollar las acciones de la segunda novela de Guido Eytel titulada *Sangre vertió tu boca* (1999).⁴ Si el acontecer de la primera novela se ubica en la segunda mitad del siglo XIX, en su segunda novela -cuyo título corresponde a un verso de Quevedo -la acción se lleva a afecto en los años de la década de 1950 con un San Estanislao de Rucaco apacible y moderno y donde muchos habitantes y terratenientes son descendientes de los fundadores.

Lo que sirve de base a esta segunda novela es la voluntad de una prostituta llamada Victoria Catalán que, con la decisión de rescatar a su hijo de las manos de la dueña del prostíbulo donde lo había dejado, pone en jaque a los caciques y políticos del pueblo. Con la llegada de Victoria después de diez años, el pueblo muestra el lado oscuro de sus habitantes el que se manifiesta en una serie de resquemores en la conciencia de aquellos que guardan más de un secreto. La novela, sólidamente narrada con el típico humor que caracteriza a la escritura de Eytel, termina con la salida de Victoria y su hijo del pueblo.

⁴ En un lluvioso día del mes de julio del año 2000, llegamos hasta la casa del escritor en la ciudad de Temuco. En esa oportunidad, Guido Eytel anunció una tercera novela ambientada en el mismo San Esteban de Rucaco y donde el acontecimiento histórico a revisar sería el golpe militar del 11 de septiembre de 1973. Con ella, según sus propias palabras, se intenta encontrar una explicación a lo acontecido a una generación cuyos ideales se vieron destruidos por aquellos luctuosos sucesos. La última vez que habíamos conversado fue en el año 1966 en la Universidad Austral de Chile donde ambos éramos estudiantes.

A pesar de que el espacio es el mismo, el lector puede notar grandes diferencias en cuanto a la historia y a la imagen referencial que se plasma. Mientras que en *Casas en el agua* el espacio que se muestra corresponde al de la lluviosa selva virgen del sur de Chile, en *Sangre vertió tu boca* se privilegia un espacio mental que muchas veces aparece modelado por el remordimiento y que se manifiesta en el enunciado mediante el uso del monólogo interior. Ambas novelas presentan una ácida crítica a los cimientos de la nación chilena. Si con su primera novela Guido Eytel se encarga de revisar críticamente un triste episodio de la historia del país, en *Sangre vertió tu boca*, la crítica apunta al esquema político y sus relaciones con el poder económico lo que -a pesar de estar en los umbrales del nuevo milenio -sigue siendo una realidad palpable en Chile.

Otro novelista que ha llamado la atención en el medio literario chileno es Hernán Neira con su novela *El sueño inconcluso* (1999). A pesar de que en los Agradecimientos que se dan a conocer al final de la novela el autor intenta afianzar la condición estrictamente ficticia de su texto, las acciones que se dan en su espacio no hacen otra cosa que comprobar lo contrario. Con todo, Hernán Neira incursiona en la historia de Chile haciendo una revisión general de la misma. El lugar geográfico donde se sitúa la narración es la ciudad de Valdivia la que está claramente establecida en el mapa. La novela está dividida en tres partes y la narración se inaugura con la llegada de los conquistadores a las costas de la provincia y la deserción de tres soldados españoles. El propósito de este accionar es formar un señorío que los sacara de la miseria en que los tenía sumido el proceso de la conquista. Desafortunadamente, sólo un soldado de nombre Diego Mejías logra salvar la vida y para poder sobrevivir debe entrar en contacto con los indios de la zona. Con este hecho comienza la saga de los Mejías en cuyas venas se encuentran la sangre española e india síntesis que para muchos da como resultado lo que se ha venido a llamar la raza chilena.

Numerosos son los acontecimientos históricos que se revisan en la novela de Neira. De otra manera, se trata de ver cómo dichos acontecimientos fueron vistos desde la provincia y la manera en que llegaron a influir en la vida de los habitantes de la ciudad. Tal es así que después de la deserción de los soldados españoles y de la fundación de la ciudad de Valdivia, se pasa revista a las argumentaciones políticas del período de la independencia y la toma de la ciudad por Lord Cochrane. Especial atención se le dedica a los años de 1930-1940 ya que históricamente la colonia alemana toma una abierta posición en favor de Alemania antes y durante la Segunda Guerra Mundial. El terremoto del 22 de mayo de 1960 no pasa desapercibido en la novela así como tampoco el golpe militar de 1973. En este período se muestra, sin llegar estrictamente a la denuncia, la violación de los derechos humanos por parte del gobierno militar. El hilo conductor, que de una u otra manera va uniendo a cada uno de los acontecimientos, descansa en algún miembro de la familia Mejías que, como sabemos, es descendiente de aquel soldado espa-

ñol que desertó en los territorios aledaños a la ciudad. En los años posteriores a la dictadura, es Beatriz Mejías la que cierra los períodos históricos de la novela al lanzar al mar las cenizas de su esposo desaparecido en los tiempos del golpe militar. Con este hecho, llevado a efecto en los mismos lugares donde su antepasado puso pie en tierra, la narración llega a su fin.

El sueño inconcluso, cuyo título tal vez obedezca a que en cada etapa se muestra lo que podríamos llamar un proyecto de vida, pierde consistencia por tratar de llevar a la ficción demasiados pasajes históricos sin detenerse en ninguno específico. Lo contrario hubiera permitido establecer una línea narrativa más certera con el correspondiente enriquecimiento del aspecto histórico. Paralelamente a lo anterior, los personajes hubieran alcanzado un mayor desarrollo y el lector podría haber sido testigo de sus interacciones con los momentos históricos en que les tocó vivir. Sin embargo, el discurso de Neira tiene el atributo de dejar establecido que los acontecimientos de una comunidad nacional están, de una u otra manera, concatenados en el sentido que determinados hechos descansan irremediabilmente en los anteriores. Al contrario de la escritura de Eytel, en Neira no existe la ironía ni la denuncia frente a determinadas acciones llevadas a efecto en los diferentes períodos históricos.

La sorpresa de la década -por lo menos para el que escribe estos apuntes -la constituye la aparición de Hernán Rivera Letelier en el panorama de las letras chilenas. Este escritor apoya los marcos de su ficción en una zona geográfica que corresponde al desierto y la pampa salitrera que, por lo general, aparece poco representada en el discurso novelesco chileno. El aspecto histórico de Rivera Letelier está justamente en su proyecto de escritura que no es otro que volver a darle vida a un espacio miserable que en un pasado se vio poblado de miles y miles de obreros del salitre en no pocos pueblos que ahora duermen en el silencio de la pampa. Porque el escritor mismo trabajó como obrero en más de una oficina salitrera, su referencia al pampino y sus vicisitudes constituye una visión interior de las condiciones sociales que experimentaron los trabajadores del salitre. Debido a esto, el espacio de los textos de Rivera Letelier se pueblan de aquellos hombres y mujeres viviendo intensamente alegrías, miserias que finalmente pasarán alimentar diversas leyendas. Las luchas sindicales de aquellos hombres no están ausentes en la prosa de Rivera Letelier como tampoco las matanzas de obreros como aquella en la nortina ciudad de Iquique en la Escuela Santa María un 21 de diciembre de 1907. El duro trabajo en el desierto donde nunca llueve y donde la muerte es cosa de todos los días, determina una extraña alegría de vivir que se manifiesta en los juegos de naipes, en el alcohol y en los raudos encuentros en las casas de prostitución. Como se sabe, la imagen del trabajador y las condiciones sociales en que le toca vivir no es un elemento nuevo en la literatura chilena. Sin embargo todos aquellos discursos, que sobresalen como documentos de denuncia social, guardan distancia con los textos de este escritor chileno debi-

do tal vez al humor que se hace presente en su prosa. Desde nuestra perspectiva, es este elemento el que obnubila el verdadero padecimiento de los obreros del salitre en los textos de Hernán Rivera Letelier.

El novelista de nuestra preocupación ha recibido en dos ocasiones el prestigioso Premio del Consejo del Libro en Chile. Al momento de escribir estos apuntes, las novelas de este escritor son *La reina Isabel cantaba rancheras* (1994), *Fatamorgana de amor con banda de música* (1998) y *Los trenes se van al purgatorio* (2000). En la primera novela se narra la muerte de la Reina Isabel, nada menos que una famosa prostituta de la pampa salitrera que, aparte de las artes amatorias que vuelven locos a los pampinos, tiene la buena afición de cantar rancheras. El lector fácilmente puede comprobar que, junto a las diferentes historias de prostitutas, el deseo del autor es dejar plasmado el ambiente miserable en que vivían los trabajadores en los diversos lugares de la pampa donde se explotaba el salitre. Tanto obreros como prostitutas justifican su existencia en dichos poblados debido a la problemática social que es el denominador común que se quiere presentar y que aparece disminuído debido al lenguaje humorístico con que son presentadas diversas situaciones. Con todo, hay que dejar en claro que éste alcanza magistralmente un máximo nivel expresivo cuando contribuye a deformar la apariencia física de los personajes haciéndolos más congruentes con la sórdida realidad que habitan. Lo anterior queda de manifiesto en los nombres o en los apodos los que derivan, la mayoría de las veces, del aspecto físico o de las no siempre limpias actividades de los personajes. De los muchos ejemplos, el siguiente:

Y ahí va, imponente faraónica, mayestática, íngrima en su blanca ínsula adiposa, sin inhibirse ni titubear un ápice ante el sol paralítico de mediodía: esa hora alucinante de la pampa salitrera. Y es tan formidable su envergadura, tan henchido de pomposidad su transitar magnífico, que tocada su túnica por alguna leve oleada de brisa tibia, da la impresión de un blanco velero de espejismos deslizándose calle abajo -Nilo abajo-con todas sus lonas, insignias y gallardetes al viento... las oscuras mujeres del campamento corren a asomarse a las ventanas, alborotadas e impertinentes. La visión de esta hembra babilónica, exhuberante rotunda de sensualidad y lujuria, las hace imaginar cópulas monstruosas soñadas por ellas en solaces noches de insomnio (97-98).

El título de la novela tal vez obedezca a la gran aceptación que la música y las películas mexicanas tienen en los estratos populares chilenos. De ahí entonces que nombres de actores, cantantes y actrices se hagan presentes en este texto de Rivera Letelier. Las canciones de Miguel Aceves Mejía, Jorge Negrete, Antonio Aguilar alegran la vida de los mineros en el marco ficticio de la novela. Tal vez esas tristes canciones de crueles destinos, con historias de amores desavenidos, de venganzas y abandonos sea el único referente que muestra que fuera de la

oficina salitrera y del burdel existen otros espacios con hombres diferentes pero que padecen de la misma enfermedad que es el existir.

Fatamorgana de amor con banda de música (1998) nos presenta un historia de amor y, por lo tanto, se aleja diametralmente del ambiente que se presenta en *La reina Isabel cantaba rancheras*. Más todavía, y como lo señala el título, la narración se asemeja a un espejismo habitado por la desazón y el olvido instaurado en el medio del desierto. Los amantes son Golondrina del Rosario -hija de un peluquero anarquista -y el trompetista de una banda de música de nombre Bello Sandalio. El carácter vividor y bohemio del joven contrasta con la pureza e inocencia de la muchacha que, aparte de cuidar a su padre viudo, se dedica enteramente a sus clases de música y declamación. Pero si el desierto es el espacio geográfico, el pueblo llamado Pampa Unión es el lugar donde se llevan a efecto las acciones de la novela. Pampa Unión, que termina sumiéndose en la incertidumbre de la existencia o no existencia, es uno de aquellos cientos de pueblos que florecieron en los tiempos del salitre y que llegó a cobijar a miles de obreros de todas las nacionalidades. El telón histórico que envuelve el relato amoroso de los personajes, lo constituye la dictadura de Carlos Ibáñez del Campo y su visita a las salitreras durante su administración. Dicha visita, que posiblemente pertenece al área de la ficción, adquiere importancia cuando se piensa que durante la época en que están asentados los acontecimientos de la novela se llevan a efecto tres grandes masacres de obreros aparte de la ya mencionada en Escuela Santa María de Iquique en 1907. Nos referimos a la muerte de obreros en la oficina salitrera San Gregorio el 3 de febrero de 1921, en la oficina Marusia en marzo de 1925 y el de la Coruña en junio de 1925. En las dos últimas, el general Carlos Ibáñez del Campo se desempeñaba como Ministro del Interior en el gobierno chileno.

La relación amorosa de Golondrina del Rosario y Bello Sandalio se concretiza a pesar de las advertencias de las amigas de la primera respecto a la fama que tenía el trompetista en las casas de prostitución donde animaba las veladas. Sixto Pastor Alzamora, padre de la bella muchacha, ignoraba dicha relación ya que pasaba su tiempo proclamando la revolución anarquista en su taller de peluquería preguntándose si alguien de Pampa Unión iba a hacer algo a la llegada del dictador. Hacia el final de la novela, y mostrando una perfecta congruencia entre el pensamiento y la acción, el peluquero pierde la vida en el intento de dejar en claro que la visita del dictador no era enteramente bienvenida en el pueblo. El frustrado atentado desata la represión y, como siempre ocurre en estos casos, a los prisioneros se les aplica la ley de fuga y son masacrados sin piedad. Entre ellos se encontraba Bello Sandalio y los integrantes de su banda musical. Ante tamaño dolor, Golondrina del Rosario decide morir en el mismo lugar en que murió su padre haciéndose acompañar por una de sus favoritas piezas de Chopin tocada por ella misma en el piano.

La novela *Los trenes se van al purgatorio*, publicada en el año 2000, asienta su proceso de escritura en los años de 1990 razón por la cual la ubicamos en esta

década. Sin duda alguna, el éxito de esta novela se comprueba fácilmente con las dos ediciones que se han hecho de ella. *Los trenes se van al purgatorio* fue galardonada con el Premio Fundación José Nuez Martín en Chile después de haber tenido un récord de ventas. Una vez más, Rivera Letelier ambienta su novela en la pampa norteña. El lector en la novela se enfrenta a tres diferentes espacios delineados por un narrador omnisciente.

En primer lugar, tenemos el espacio amplio del desierto en el que un tren –“serpenteando ruidosamente con sus viejos fierros a cuestas”– acarrea las ilusiones y destinos de aquellos que persiguen una mejor vida o vuelven a tristes lugares, ya alguna vez abandonados, para rebuscar situaciones o acontecimientos olvidados en más de una oficina salitrera. Otros, como siempre ocurre en los viajes, se han embarcado para cambiar el destino que les estaba asignado o para reencontrar reminiscencias de personas que algún día existieron y que ahora pertenecen a la neblina de la memoria. En este tren que comienza su viaje en La Calera –lugar bien asentado la geografía chilena– viaja Lorenzo Anabalón de regreso al norte después de haber huído al sur con Uberlinda Linares, esposa de Leoncio Santos su mejor amigo. El cuerpo y la risa de esta mujer lo han marcado para siempre. En la medida en que el tren se adentra rumbo al horizonte, todas estas existencias, quehaceres y motivos se van empapando de un halo de misterio en el calor del día y el frío de la noche en el desierto más seco el mundo. En el mismo tren viajan, entre muchos, Zenobia Castillo y Amable Marcelino -una pareja de enamorados que van en busca de su felicidad y destino en la pampa -un enano charlatán en pos del circo que lo abandonó; gitanos con bártulos desparrramados en los vagones y Madame Luvertina que, a cambio de algunas monedas, puede ver el destino de los pasajeros.

Otro espacio -evocado desde el tren por un personaje que se gana la vida contando anécdotas y leyendas de la pampa -lo constituye un poblado salitrero de nombre Resurrección. En él habita la única prostituta del pueblo de nombre Alma Basilia frente a cuya casa ha crecido un inmenso árbol que se perfila a los ojos del lector como una gran mancha de vida verde en medio del desolado paisaje. Según la leyenda narrada por el contador de cuentos que viaja en el tren, al cerrarse la oficina salitrera que dio origen al pueblo un grupo de hombres encuentra el cadáver de la extraña y hermosa mujer. Al no conocer a nadie fuera del poblado se niega a abandonarlo optando por suicidarse con la resina del árbol que siempre la acompañó a la entrada de su casa.

El tercer espacio corresponde a un pueblo en el que Leoncio Santos, después de una triste espera de treinta años, encuentra la muerte esperando el regreso de su traicionera esposa que un día se marchó con su mejor amigo. Esta acción, ya transformada en leyenda y en material narrativo por el cuentacuentos, será narrada para distracción de los pasajeros de la misma manera en que lo fue la historia de Alma Basilia. Lo que cambia el carácter del viaje es el hecho de que el tren

avanza justamente hasta una extraña estación de nombre Miraje que es el lugar donde Leoncio Santos muere esperando a Uberlinda Linares. Con esto, el lector se da cuenta que el tren ha cruzado los límites de la realidad para entrar al territorio de la leyenda.

...y Leoncio Santos, con los ojos enlantados, se da cuenta de que su Uberlinda Linares de nuevo no ha llegado, de nuevo no ha regresado, que va a tener que seguir esperando en esa estación desierta, en esa estación desmantelada; en esa estación donde lo único que queda en pie es el requemado letrero con su nombre: *Miraje*, palabra que sólo después de muerto vino a saber que significaba espejismo. Tendrá que seguir esperando por los siglos de los siglos en esa estación inexistente en medio de la pampa en donde la locomotora ya comienza a bufar de nuevo, a tocar su campana sonámbula. . . (190).

Como ya ha quedado establecido, lo que había comenzado como un desplazamiento geográfico en el viejo e histórico tren llamado Longino -abreviación de Longitudinal Norte -poco a poco comienza a transformarse en algo atemporal. Lorenzo Anabalón está condenado a volver al mismo lugar desde donde salió muchos años antes con una mujer que no le pertenecía y con la que estaba unido más por el deseo que por el amor. Como lectores nos damos cuenta que el viento que se cuele por los vidrios rotos de los viejos carros, el pesado crujir de los vagones, los tristes cementerios abandonados a orillas de la línea férrea y las misteriosas paradas en estaciones desconocidas en medio de las tinieblas de la noche son los claros indicios que van marcando la entrada del tren a la leyenda o, con más seguridad, a la soledad de la muerte. La estación que se anuncia y dónde sólo bajan Amable Marcelino y Zenobia Castillo -los jóvenes enamorados que no pueden desunirse de un eterno beso -adquiere un valor simbólico ya que no es otra cosa que la muerte misma a la que están condenados todos los que viajan en el ahora misterioso tren. También es posible pensar que los pasajeros ya están muertos con lo que el texto nos trae reminiscencias del mundo que nos presenta el mexicano Juan Rulfo en su novela *Pedro Páramo*.

Sin lugar a dudas, el tema del viaje tal vez sea el más usado en las letras universales ya sea para resaltar la abnegación del personaje como ocurre en la literatura heroica de la cual *La Odisea* de Homero es un ejemplo paradigmático o -ya más lejos de la perfección del mundo que está regido por valores divinos -para alcanzar una determinada perfección moral como ocurre con el viaje interior en que se empeña el ahora antihéroe en el mundo cerrado y carente de valores sublimes que nos presenta la novela como género. Sea de la característica que sea el viaje que se haga -en el ámbito de lo social, psicológico o dentro del espacio acotado en la ficción -siempre éste ha de presentar cambios y transformaciones y es justamente eso lo que ocurre con el viejo Longino que pesadamente se adentra

en el espectáculo de la pampa en el discurso de *Los trenes se van al purgatorio*. Cada uno de los pasajeros del tren tiene justificadas razones para haberse embarcado en un viaje que adquiere connotaciones mágicas y míticas. Historias de placer, de dolor e injusticias, donde nunca faltan las lágrimas que traen a la memoria la presencia de la miseria humana, son claros indicadores de las transformaciones físicas o emocionales que experimentan o ya han experimentado los viajeros. A pesar de los ribetes señalados, esta novela de Rivera Letelier se sigue registrando dentro de los carriles ya determinados para dar a conocer las condiciones sociales de los hombres que habitaron la pampa y que hicieron de la extracción del salitre una manera de sobrevivir. El compromiso de este escritor chileno es evidente y la denuncia, que se deja ver en este texto en particular, hay que entenderla en los términos que Rulfo elabora en los cuentos de *El llano en llamas* donde los personajes se muestran totalmente abandonados a sus destinos o, como mejor lo ha puesto alguien por ahí, huérfanos de la voluntad de Dios. Una vez más, nuestra realidad hispanoamericana se erige como un todo donde los límites de la realidad se confunden con los del mito y la leyenda.

Al llegar al final de estos apuntes, se hace necesario una vez más dejar en claro que se está ante un panorama incompleto y no podría ser de otro modo cuando aquí faltan las obras de las escritoras chilenas como Pía Barros, Diamela Eltit, Andrea Maturana, Marcela Serrano e Isabel Allende, por citar algunas. Lo anterior, porque no se puede desconocer el lugar que la ficción de estas mujeres ocupa en la literatura chilena e hispanoamericana en general. La ausencia, que en nada se relaciona con la calidad de la prosa, obedece más que nada a los dos aspectos señalados al comienzo de este escrito: lo geográfico, usado como referente o telón de fondo para el entramado de las acciones, y lo histórico con lo que se va enhebrando la ficción. Con todo, si esta lectura anotada ha sido motivada más que nada por la curiosidad, fácilmente se puede comprobar que la silenciosa acción de leer no ha sido suficiente como para incorporar la valiosa escritura de las mujeres en Chile y de ello el único culpable es el que escribe estas páginas.

OBRAS CITADAS

- EPPLE, JUAN. *Actas del cazador en movimiento*. Santiago de Chile: Mosquito Editores, 1991.
- EYTEL, GUIDO. *Casas en el agua*. Santiago de Chile: LOM Ediciones, 1997.
- . *Sangre vertió tu boca*. Santiago de Chile: LOM Ediciones, 1999.
- MANNS, PATRICIO. *El corazón a contraluz*. Buenos Aires: Emecé Editores S.A., 1996.
- . *Actas del Bío-Bío*. Madrid: Ediciones Michay, 1985.
- . *Actas de Muerteputa*. Santiago de Chile: Editorial Emisión, 1988.
- . *Actas de Marusia*. Santiago de Chile: Editorial Pluma y Pincel, 1993.
- NEIRA, HERNÁN. *El sueño inconcluso*. Santiago de Chile: Editorial Planeta Chilena S.A., 1997.
- RIVERA LETELIER, HERNÁN. *La reina Isabel cantaba rancheras*. Santiago de Chile: Editorial Planeta Chilena S.A., 1996.
- . *Fatamorgana de amor con banda de música*. Santiago de Chile: Editorial Planeta Chilena S.A., 1999.
- . *Los trenes se van al purgatorio*. Santiago de Chile: Editorial Planeta Chilena S.A., 2000.

